

taba á fuerza de oro la gente movediza y vagabunda del Magreb para traerla á España. Abdallah, despues de haberse concertado con su hermano en Tánger, pasó resueltamente á solicitar el apoyo del mas poderoso príncipe que entonces en Europa se conocia, de Carlo-Magno, que se hallaba á la sazón en su palacio de Aquisgran (Aix-la-Chapelle). Allá se fué el atrevido árabe, como antes Ibnalarabi á Paderborn, á implorar la ayuda del gran gefe de la cristiandad contra el emir su inmediato pariente y correligionario. A tal punto la codicia del poder ahoga en los hombres la voz de la sangre y el sentimiento religioso. Lo que negociaron en su comun interés el monarca franco y el rebelde Ommiada, indicáronlo pronto, si del todo no lo aclararon los sucesos ⁽¹⁾.

Despues de haber venido juntos hasta la Aquitania Abdallah y el rey franco Luis el Pío, y mientras el hijo de Carlo-Magno se disponia á invadir la España por el Pirineo Oriental, el tio del emir de Córdoba atravesaba todo el territorio que media hasta Toledo, donde ya su activo agente Ambroz (Aben Amza) le tenia ganadas algunas fortalezas de la provincia, alzado banderas por él, y apoderándose de las puertas y alcázar de Toledo por un atrevido golpe de mano (797). De todos los alcaldes de la comarca ninguno habia permanecido fiel al emir sino Amrú el de Talavera.

(1) Eginhard, Annal.—Annal. Lauriss.—Conde, cap. 30.

Suleiman con su hueste aventurera de Africa desembarcaba en Valencia y se reunia á su hermano en Toledo, sin que alcanzára á impedirlo el emir por pronto que acudió con la caballería de Arcos, de Jerez, de Sidonia, de Córdoba y de Sevilla. Viéronse al instante los resultados de la entrevista de Aquisgran, porque mientras Alhakem y su fiel Amrú sitiaban en Toledo á los dos hermanos rebeldes, el hijo de Carlo-Magno y rey de Aquitania Luis (Ludovico el Pío) por medio de sus leudes y caudillos recobraba á Narbona, batia á los comandantes musulmanes de la frontera Balhul y Abu Tahir, rendia otra vez á Gerona, se le entregaban Lérida, Huesca y Pamplona, y un moro nombrado Zaid escribia á Carlo-Magno ofreciéndole poner la plaza de Barcelona á su disposicion.

En tal conflicto el jóven Alhakem, con una resolucion propia de su juventud, dejando encomendado á su fiel Amrú el sitio de Toledo, parte rápidamente con la caballería de su guardia á apagar el incendio de la España Oriental. Llega á Zaragoza, hace un llamamiento á los buenos musulmanes, su presencia, sus modales, sus ardientes discursos reaniman las poblaciones del Ebro, y acuden en derredor de la legítima bandera. Con esto emprende vigorosamente la reconquista de las plazas perdidas, los franco-aquitánicos huyen delante de sus armas, recobra á Huesca, Lérida y Gerona, entra en Barcelona, traspone el Pirineo, avanza á Narbona, destruye, degüella, cau-

tiva niños y mugeres, le aclaman sus soldados *Almudhaffar* (vencedor afortunado), y dejando el cuidado de la frontera á su primer ministro Abdelkerim, y al walí Foteis ben Suleiman, regresa á Toledo fuerte y orgulloso con el resultado de tan feliz y rápida campaña. En vano en su ausencia se habia engrosado el partido de sus rebeldes tios: en vano se les habian adherido las ciudades de Valencia y Murcia: ibale á Alhakem el trono y la vida en acabar con aquella rebelion: el sitio se activa; las aguerridas y triunfantes huestes del emir vencen en varios reencuentros á la gente allegadiza y baldía de Suleiman; tómanles las fortalezas del pais; Suleiman y Abdallah se ven forzados á pasar á tierras de Valencia y Murcia: el emir se mueve tambien, y establece su cuartel general en Gingilia (Chinchilla). A poco tiempo se le presenta en Chinchilla el intrépido y fiel Amrú con la noticia de haber entrado en Toledo, de haber decapitado á Ambroz, cuya cabeza le llevaba en testimonio segun costumbre, y de haber dejado de gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf (799).

Intentan entonces Suleiman y Abdallah penetrar en Andalucía y apoderarse de Córdoba por un golpe de mano, pero el activo emir les sale al encuentro, y casi en el mismo sitio en que en vida de su padre habia hecho el primer ensayo de su temeraria intrepidez contra aquel mismo Suleiman su tio, alli encontró ahora las huestes de los dos hermanos: alli

correspondió otra vez al alto concepto que desde aquella primera ocasion habia hecho formar de su arrojo; alli en lo mas recio de la batalla vió caer á los pies de sus caballos al mayor de sus tios, Suleiman, clavada una flecha en su cuello. Desordenáronse con este golpe las bandas rebeldes, y Abdallah se retiró á Valencia á favor de la noche seguido de algunos. Cuando al emir le fué presentado el cadáver de su tio lloró sobre él, y mandó hacerle solemnes exequias á que asistió él mismo. Aunque Abdallah era muy querido en Valencia, tanto que le apellidaban *Al Balendi* (el Valenciano), no quiso prolongar por mas tiempo los males de una guerra que sería ya inútil, y envió á Alhakem su sumision, ofreciéndole pasar á vivir en Africa ó donde le destinase. Admitió el emir la propuesta, concediéndole generosamente morar donde mas gustase, asignándole mil mitcales de oro mensuales y cinco mil mas al fin de cada año, pero exigiéndole en rehenes sus hijos como en garantia de la fé de su padre. Trató Alhakem á sus primos como príncipes, otorgándoles altos empleos en muestra de su confianza, y aun dió al mayor de ellos, Esfah, en matrimonio su hermana *Alkinza* (1). Volvióse con esto Alhakem á Córdoba, donde fué recibido con grande alegría (800). De este modo acabó la segunda guerra de los dos hermanos Suleiman y Abdallah, en que se

(1) *Alkinza* significa el tesoro.

vieron tantos ejemplos de esa estraña mezcla de crueldad y de sentimientos nobles y humanitarios tan común en las gentes de la Arabia.

¿Había estado entretanto ocioso y quieto Alfonso de Asturias? Por el contrario, aprovechando las desavenencias de los musulmanes había hecho en 797 una atrevida escursión á la Lusitania, llevádola hasta las lejanas márgenes del Tajo, penetrado aunque momentáneamente en Lisboa, talado sus campiñas y traído ricos despojos. Hallándose Carlo-Magno en Aquisgran, vió llegar unos personajes cristianos que mostraban ir de apartadas tierras, llevando consigo siete cautivos musulmanes con otros tantos caballos, lujosos arneses, y un magnífico pabellon árabe. Eran dos nobles españoles, Basilico y Froya, enviados y mensajeros de Alfonso el Casto de Asturias, que iban á ofrecer de parte de su rey al monarca franco aquellos preciosos dones, gloriosos trofeos de su feliz expedición á Lisboa, al propio tiempo que su alianza y amistad ⁽¹⁾. Quedó desde entonces Alfonso en relación íntima con el poderoso Carlos, que extendió igualmente á su hijo Luis de Aquitania. También á Tolosa, donde este príncipe celebraba una especie de asamblea para deliberar sobre el modo de hacer otra incursión en España, fueron mensajeros de Alfonso con presentes para aquel rey, siendo de este modo los tres

(1) Eginhard, Annal.—Id. Ful- Florez, tom. XI. p. 6.
deus.—Reginon, Cron. cit. por

monarcas el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo.

Pero tan íntimas relaciones, tales y tan cumplidas muestras de amistad por parte de Alfonso á los príncipes francos hubieron de ser interpretados por algunos celosos próceres de Asturias como signos de dependencia, sumision ó vasallage, y no pudiendo tolerar la idea del mas remoto peligro de dependencia estrangera, formóse un partido bastante poderoso para derrocar á Alfonso del trono y encerrarle, bien que por muy corto tiempo, en el monasterio de Abellanica (802). Las sueintas crónicas de aquella era no nos dicen quién fuese aclamado en su lugar. Acaso ninguno: porque muy brevemente, en aquel mismo año, los vasallos leales de Alfonso, que eran los mas, capitaneados por un goda llamado Teudha, le sacaron de la reclusion y le devolvieron la libertad y el trono de que injustamente le habian despojado. Fundado ó no el cargo que á Alfonso le hacian, es lo cierto que desde aquella fecha no se volvió á hablar ni de presentes y regalos, ni de afectuosos escritos de parte del rey de Asturias y Galicia al señor emperador Carlo-Magno, como ya entonces se le llamaba ⁽¹⁾. Tampoco desde entonces volvió á ser inquietado Alfonso en la pacífica posesion de su cetro.

(1) Albeld. Chron. l. c.—As- Vit. Karol. Magu-
tron. Vit. Hludovici Pii.—Egin.

Por dichoso hubiera podido tenerse Alhakem con no contar mas enemigos cristianos que los del Norte de España. Hubiera al menos podido reposar un tanto tranquilo en su soberbio alcázar y á la sombra de sus bellos jardines de Córdoba, despues de terminada la guerra civil de sus dos tios, si por el Nordeste de la Península no viera irse estrechando las fronteras de su imperio al empuje de las armas de otro formidable adversario. Ni Carlo-Magno ni su hijo Luis habian renunciado á sus proyectos sobre España. Uno y otro tenian honra que vindicar, pérdidas que resarcir, y ambicion que satisfacer: y la asamblea de Tolosa que hemos mencionado, no habia sido estéril; habíase acordado en ella una nueva invasion, y realizóse con la ayuda y cooperacion que habia ido á ofrecerles en Tolosa aquel gefe de frontera Balhul, uno de aquellos moros de quienes dice la crónica árabe, «que acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos para no obedecer á su señor ni servirle, y cuando ya no podian sufrir la opresion de los cristianos, fingian ser leales y buenos muslimes, y se acogian al rey, que por esta causa se habia perdido aquella frontera.» Viene, pues, otra vez el ejército franco-aquitano. Gana fácilmente los lugares fronterizos: Gerona, tres veces en un año tomada y perdida por musulmanes y cristianos: la antigua Ausona, tan floreciente en otro tiempo, y en

aquella sazon casi deshabitada ⁽¹⁾; Caserras, situada sobre una alta roca; el fuerte de Cardona, en la pendiente de un desfiladero; Solsona, Manresa, Berga, Lérida, todas fueron cayendo sucesivamente en poder de los francos, que se dedicaron á fortificarlas, como quien pensaba hacer asiento en el pais, que fué el núcleo de lo que habia de llamarse luego *Marca Hispana*, y quedó por entonces encomendado al conde Borrell. El gobernador de Barcelona Zaid rehusó entregar la plaza, segun habia ofrecido. Tal era la fé de los moros. Quedó Barcelona para ser especial objeto de una gran cruzada por parte de los francos.

En el primer año del siglo IX. se celebraba en Tolosa una solemne asamblea, especie de Campo-de-Mayo, presidida por el rey Luis de Aquitania. Tratábase de formar una gran liga de todos los condes y leudes francos y aquitanios para la conquista de Barcelona. El duque Guillermo de Tolosa fué el orador mas vehemente y el instigador mas fogoso en favor de la expedicion. Ardía en deseos de vengar el desastre del Orbieu. El discurso de aquel Guillermo, entonces duque y despues santo, arrastró tras sí los votos de toda la asamblea. Francos, vascones, godos y aquitanios, de Tolosa, de la Guiena y de la Auvernia, provenzales y borgoñones enviados como auxiliares por Carlo-Magno, formaron el grande ejército expedi-

(1) Estaba tan destruida que se le dió el nombre de Vicus (aldea) Ausonensis: de donde le quedó el de Vic, Vique, y hoy Vich.

cionario, que fué dividido en tres cuerpos. En el otoño de aquel año (804), una numerosa hueste cristiana derribaba los árboles de las cercanías de Barcelona, levantaba estacadas, construía torres de madera, armaba escalas, arrastraba piedras, manejaba arietes y todo género de máquinas de batir. Un moro, seguido de una muchedumbre de gente, paseaba por lo alto de los muros de Barcelona. Era Zaid, que alentaba á los musulmanes á que no desmayáran á la vista del ejército franco. Todos los asaltos de los sitiadores eran rudamente rechazados con no poca pérdida de la gente cristiana.

Los musulmanes esperaban que Alhakem les enviara socorros de Córdoba. Pero habíase apostado para impedirlo el duque Guillermo de Tolosa con el tercer cuerpo entre Tarragona y Lérida. Por otra parte, el moro Balhul, acaudillando los cristianos del Pirineo, aquellos rústicos y bravos montañeses avezados á todo género de privaciones y de fatigas, devastaba las campiñas y poblaciones árabes que hallaba descuidadas, y en una de sus atrevidas escursiones llegó á apoderarse de Tarragona, que hizo su plaza de armas. Singular fenómeno el de un caudillo musulmán haciendo guerra terrible á los de su misma creencia con guerrilleros cristianos. Un cuerpo de auxiliares andaluces mandado por Alhakem hubo de retroceder apenas llegó á Zaragoza, espantado del aparato bélico de los cristianos. Con eso pudo el duque Guillermo

reunirse con su division á la de los sitiadores, y activáronse las operaciones del asedio, y jugaron con mas vigor las máquinas de guerra. Insultábanse y se denostaban sitiados y sitiadores. «¡Oh mal aconsejados francos! gritaba un árabe de lo alto del muro; ¿á qué molestaros en batir nuestras murallas? Ningun ardido de guerra os podrá hacer dueños de la ciudad. «Sustento no nos falta; tenemos carne, harina y miel, «mientras vosotros pasais hambre.»—«Escucha, orgulloso moro, le contestó el duque Guillermo; escucha palabras amargas que no te agradarán, pero que son ciertas. ¿Ves este caballo pio que monto? «Pues bien, las carnes de este caballo serán despedazadas con mis dientes antes que mis tropas se alejen «de tus murallas, y lo que hemos comenzado sabremos concluirlo.»

Lo del moro habia sido una arrogante jactancia. Hambre horrible llegaron á sufrir los sitiados; los viejos cueros de que estaban aferradas las puertas los arrancaban y los comian; otros preferian á las angustias del hambre precipitarse de lo alto de las murallas en busca de la muerte: todo menos rendirse: heroismo digno de otra mejor causa y religion que la de Mahoma: escitaban ya la compasion como la admiracion de los mismos cristianos. Créese que luego recibieron socorros por mar, porque el sitio continuó, y ellos en vez de rendirse se mostraron mas firmes y animosos.

Aproximábase ya la cruda estacion del invierno, y esperaban los musulimes que los rigores del frio obligarian á los cristianos á levantar el sitio y volver el camino de Aquitania. Por lo mismo fué mayor su confusion y sorpresa al ver desde las murallas los preparativos para la continuacion del bloqueo, construir chozas, clavar estacas, colocar tablonés, levantar, en fin, por todo el campo atrincheramientos y abrigos que indicaban intencion resuelta de pasar alli el invierno. Mayor fué todavía el desánimo de los mahometanos al percibir un dia en el campo enemigo del lado del Pirineo un movimiento y una agitacion desusada. Era el rey Luis que acababa de llegar del Rosellon con su ejército de reserva, avisado de que era el momento y sazon de venir á recoger la gloria de un triunfo con que ya se atrevian á contar. El desaliento de los musulmanes de la ciudad fué grande entonces: hablábase ya públicamente de rendicion: solo Zaid rechazaba esta idea con energía, y para reanimarlos les daba esperanzas de recibir pronto socorros de Córdoba. Poco tiempo logró mitigar la ansiedad del pueblo, porque los socorros no llegaban y Alhakem parecia tenerlos abandonados. Zaid veia crecer la alarma y los temores, y no hallaba ya medio de acallarlos. Asaltóle entonces el atrevido pensamiento de salir él mismo de la ciudad, ir á Córdoba, pedir auxilio al emir, y volver á la cabeza de las tropas auxiliares á libertar á Barcelona. Arrojado era

el proyecto, pero ante ninguna dificultad retrocedia el intrépido y valeroso Zaid. Comunicóle á los demas gefes, nombró gobernador de la plaza durante su ausencia á su pariente Hamar, y se dispuso á ejecutar su designio á la noche siguiente. Encargó y recomendó mucho á sus compañeros que no desanimáran, que no se asustáran por nada, que tuvieran serenidad, pero que no provocáran al enemigo con salidas imprudentes, seguros de que no tardaría en venir en su socorro.

A estas instrucciones añadió otra muy notable, que prueba la prevision al mismo tiempo que el ardor generoso del bravo musulman. «Si por casualidad, les dijo, cayese en poder de los cristianos, lo cual no es un imposible, y quisieran sacar partido de mi cautiverio imponiéndome por condicion para el rescate de mi vida el exhortaros á entregar la ciudad, no me escuchéis, no hagais caso de mis palabras, manteneos firmes, sufridlo todo, hasta la misma muerte, como la sufriré yo, antes que rendiros con ignominia. Esto es lo que os dejo encargado.» ¿Cómo no habia de inflamarse, por decaido que estuviese, el espíritu de los musulimes con tales palabras?

Llegó la noche; una noche tenebrosa de invierno. Zaid habia observado un sitio del campo enemigo en que las tiendas y cabañas estaban menos espesas ó á mas distancia unas de otras. En aquella direccion salió Zaid á caballo por una puerta secreta: el animal

parecía comprender el oculto designio de su dueño; en medio del silencio de la noche percibíanse apenas sus pisadas: así llegaron sin ser sentidos casi á las últimas chozas que ceñían el campamento: unos pasos mas, y el atrevido musulman se veía libre de peligros. Ya casi se lisongeaba de estarlo cuando una desigualdad del camino hizo tropezar al caballo: el cuadrúpedo se levanta, relincha, espoléale el ginete, corren..... poco les falta para salvar el campo... pero al relincho del corcel todos los centinelas se han puesto en movimiento, y Zaid encuentra embarazado el paso por un peloton de soldados. En su vista retrocede camino de Barcelona: pero la alarma había cundido por todas partes; por todas encuentra soldados cristianos, que le acosan, le cercan, le hacen en fin prisionero, y le conducen á la tienda del rey. La alegría se derrama por el campamento cristiano; la noticia no tarda en llegar á los sitiados de Barcelona: compréndese el terrible efecto que causaría.

Sucedió todo lo que Zaid había previsto. Los francos quisieron valerse de su ilustre prisionero para que aconsejára á los suyos la entrega de la ciudad. Presentáronle, pues, ante los muros de Barcelona con un brazo ligado, el otro desnudo y suelto. Cuando Zaid llegó á sitio de poder hacerse oír de los suyos agolpados sobre las murallas, extendió hácia ellos el brazo que le quedaba libre, y comenzó á exhortarlos á voz en grito que abriesen las puertas de la ciudad;

pero al mismo tiempo doblaba los dedos y hacía otras semejantes demostraciones, como para dar á entender que ejecutarán todo lo contrario de lo que con la voz les ordenaba. Reparó el duque Guillermo en aquel juego misterioso, sospechó de él, y no pudiendo reprimir su indignacion dejóse arrebatado hasta el punto de descargar su puño sobre el rostro del astuto musulman. Su seña, sin embargo, no había sido perdida: los gefes de la ciudad la comprendieron y continuaron defendiéndose con vigor. También los sitiadores redoblaron sus esfuerzos. Resolvióse el asalto general; no hubo máquina que no se empleara; eran tantas, dice la crónica, que faltaba sitio para colocarlas; abriéronse al fin algunas brechas, mas al penetrar por ellas los cristianos, millares de flechas, piedras y dardos llovían sobre ellos. Los cristianos hacían no menor destrozo en los musulmanes.

Ultimamente, agotados todos los medios de defensa, hostigados por todas partes, oprimidos por el número, su gefe en poder de los sitiadores, cedieron los árabes y se rindieron, mas no sin obtener honrosas condiciones del vencedor, entre ellas la de salir de la ciudad ellos y sus familias con armas y bagages, y la de poder retirarse libremente á la parte de territorio musulman que les agradase escoger. Bajo este pacto abrieron las puertas y franquearon la entrada al ejército franco-aquitano. Solo entró aquel día una parte de él á tomar posesion de la ciudad. Hízolo el

rey al siguiente con gran aparato, precedido de sacerdotes y clérigos cantando salmos y entonando himnos, y con este cortejo pasó á la iglesia de Santa Cruz á dar gracias á Dios por tan importante victoria ⁽¹⁾.

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde á Bera, noble godo, y uno de los capitanes que mas se habian distinguido en el asedio, con fuerte guarnicion de francos y españoles, regresó á Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego á anunciar al emperador Carlo-Magno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de despojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Carlo-Magno enviaba en auxilio de su hijo Luis, al mando de Carlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Extraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa⁽²⁾ de ser investido. ⁽²⁾

(1) A las noticias de Eginhard, del astrónomo autor de la vida de Ludovico Pio, del arzobispo Marca, de Conde, de la historia de Languedoc, etc. sobre estos sucesos, hemos añadido los interesantes y dramáticos pormenores que solo se encuentran en la obra titu-

lada *Gesta Ludovici Pii* de Ermoldus Nigellius, ó Ermold-el-Negro, como le nombra Mr. Guizot.

(2) Carlo-Magno recibió la corona del imperio de Occidente de mano del papa Leon III. en Roma el año 800.

Cuéntase que Zaid fué mal recibido y no mejor tratado por el nuevo emperador, y que el mismo dia de su presentacion le condenó á destierro.

Tal fué el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno y rey de Aquitania; uno de los mas importantes acaecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado á producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso habia de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacía cerca de un siglo se habia inaugurado.